

# CASAMIENTO Y MORTAJA \*

Por SALVADOR MARIA DE AYERBE

## IV

### *Desengaño amoroso*

Era el tiro de barra uno de los ejercicios físicos de sumas destreza y fuerza a que dedicaba sus entusiasmos, en los contados ratos de ocio, el mocerío labrador de hace medio siglo. Mas aunque en franco empuje decadente por la pelota, las batidas de caza y la plaga del baile, todavía contaba con estimables mantenedores: uno de éstos era Tomás Javierre.

Preciso en la desmesurada longitud del tiro que estimulaba su vigor, de estatura aventajada, pulso seguro y brazo fuerte, ninguno de la Puebla del Prior le superaba en bríos cuando, a la salida de misa, requería el barrón de toско y pesado hierro para «echar el sastre»<sup>37</sup> altanero, ante sus convecinos endomingados.

Un amplio espacio rectangular a espaldas de la iglesia del pueblo, cuya esbelta torre de piedra de Siétamo sombreábalo en parte, era el palenque del torneo. Allí, junto a los venerables muros, apoyaban firmemente sus plantas los contendientes, uno tras otro, lanzando al aire el pesado lingote cuya caída, algunos metros más adelante, constataban los que, ya libres de la prueba, acechaban su desenlace.

¡Aguerrida era la actitud de Tomás cuando, enarbolando la barra, retaba a sus compañeros los mozos!

\* *Conclusión.* (Véase ARGENSOLA, núm. 11, págs. 257-269).

37. Modismo que indica el patrón de distancia señalado con una línea horizontal en el suelo, paralela a la en que el tirador se coloca y han de sobrepasar los competidores.

Con el pie izquierdo avanzado, flexible el talle, horizontal de posición su brazo derecho, sujetando aquélla por su promedio; semejaba una primitiva catapulta presta a lanzarse sobre el reducto amurallado de invisible ciudad. Y apenas el inferior extremo de la barra tocaba ligeramente sobre la palma de la mano izquierda, que se adelantaba, impaciente, el impulso de la cintura en giro rápido sobre la firmeza pedestre, lanzaba vibrante el tosco proyectil.

¡Una exclamación asombrosa que compendia la de cien bocas, ante la proeza, epilógábala casi siempre!

Algunas otras, bien que pocas veces, triunfaba otro competidor de Tomás al que éste profesaba una franca amistad, nacida a favor de la vecindad escolar cuando entrambos delectaban sobre el mismo «catón». Compañero luego de «lifaras» y rondas, mayoral en la fiesta al año siguiente de la actuación de aquél, eternos frequentadores de las de otros pueblos vecinos; y candidato también a una parecida boda a la que la señora Engracia ansiaba para su entenado, todo tendía a una más íntima y estrecha afección entre los jóvenes.

Para la siega o la vendimia, y máxime para la trilla que por la situación topográfica de sus respectivas eras, teníanlos, anualmente, vecinos, ayudábanse alegremente; porque les agradaba, además, una penetración que sólo beneficios derramaba sobre los bien atendidos cultivos de sus recíprocos patrimonios. Y si algún óbice la constreñía era cuando las expansiones de los mozos, amigos, exigían de sus familias compensadores desembolsos.

Un nuevo motivo surgió para hacer más estrecho el lazo que de antiguo ligábalos, sirviendo al mismo tiempo de apoyo a las pretensiones de la señora Engracia en su idea obsesiva: lo verá quien tuviera paciencia de seguir nuestro relato.

Un buen día llegaron a la Puebla del Prior varios números de la brigada topográfica al mando de un oficial. Sin duda eran interesantes y minuciosas las observaciones que habían de realizarse porque, alojados por el alcalde, distribuyéronse aquéllos entre varias casas del pueblo.

Una de las honradas por tan distinguidos huéspedes fué la del herrero con un pinturero cabito andaluz de gracioso ceceo, ondulación permanente—natural, claro está—, ojillos alegres, sonrisita donjuanesca y patillas románticas.

Donairoso y de agradable trato, jovial con los paisanos, amigo de

las flores, buen catador de vinos y maestro en las cartas; no tardó mucho tiempo en hacerse con la amistad del vecindario cuyas bolsas vaciaba —en los días festivos— de casados y mozos en los julepes e «ilustraos».

Y si así se disputaban sus simpatías los del sexo fuerte, fácil es comprender los destrozos que en el opuesto causaría el seductor cabito soltero; acrecidas sus prendas con las del uniforme militar de argentadas estrellas, galones celestes y botones coruscantes.

Una amable frase oportuna, una sonrisa mañanera, un piropo discreto, una cortesía en almíbar y un suave ceceo de imploración, o todo junto y a su tiempo, limitando con los quehaceres domésticos, las asiduidades de la «ferreta» para con su novio motivaron cierto eclipse en las amorosas entrevistas recíprocas.

Al volver del trabajo, cuando el vespero ensombrecía el campo con su tupido manto de estrellas, enfrentáronse cierta tarde los novios en lamentables circunstancias equívocas. Porque mientras Tomás, sentado al través de uno de los cansados mulos de su yunta, regresaba al lugar canturreando distraído, salía su novia a buscar un cántaro de agua a la fuente escoltada por el andalucito conquistador.

Más que a los ojos, a los oídos del turbado mozo llegó, hiriente, una carcajada de júbilo lanzada ante los requiebros del forastero por la lugareña deslumbrada. Pero la obscuridad que reinaba al esfumar la escena de los celos —consiguiente al despecho relampagueante de aquél— acaso evitó sangrientas derivaciones.

Tomás detuvo a su yunta sigiloso. Buscó la petaca en el bolsillo interior del chaleco con tembloroso pulso precipitado. Mordió con rabia, el cabo de un picante «cuartelero». Y, requiriendo una cerilla, encendióla furioso.

¡Tardío esfuerzo!... Pues que la llamita, ondulante, no alumbró a nadie: un recodo del camino, en pendiente, quedaba cercano a modo de respuesta enigmática.

El frustrado enamorado vaciló celoso, le ardía el rostro. Chispeaban, iracundos, sus ojos. Su garganta le oprimía con dogal implacable. Los puños crispábansele inactivos... Y sin embargo nada hizo. Porque la sabia mano que domeñar sabe los elementos, aunque furiosos se manifiesten, también lanza un destello a la mente, agitada, hasta orientarla en las tinieblas de la turbación.

Por eso el mismo brazo robusto que lanzaba a menudo la barra, apoyándose en la grupa del mulo, sirvióle a Tomás para restituirse, rápido, a su puesto de jinete ocasional.

Aquel desengaño hirió el corazón del enamorado, tanto más hondamente cuanto que era el primero. Su inseparable Santiago Lacambra—que así se llamaba el amigo fiel—acudió a consolarle con sinceros afectos.

Y la madrastra, que lo supo, presto alegró al señor Lorenzo con su relato circunstanciado.

En lo que afecta al montañés, también debió advertirle el correo de la nueva halagüeña. ¡Cuánto se habrían calmado, entonces, las impacientes suspicacias de su angustiada cónyuge!

## V

### *Réplica inesperada*

La señora Engracia y su hija no dejaban de trajinar desde el día feliz, en que el ajuste se convino.

Después de la ropa blanca, confeccionada en casa, eran los atavíos externos, remitidos por cierto famoso sastre del contorno, lo que guardaban en un peludo y clavetado cofre de cabra entre espliego oloroso y membrillos sumidos. Cubríalo todo el jocundo pañuelo bicolor del equipo militar del novio, a guisa de cobertor. Y, asomando en un ángulo, cierta cajita oval sin tape contenía, con la materna previsión de un escapulario bendito y unas medallas de la Santísima Virgen del Pueyo, el clásico reloj de acero pavonado con su cadena y dije de oropeles vanos.

Entre el averiado papel de seda que lo envolvía advertíase, también dentro del cofre, un ceñidor negro, de lana dulce, y un fino pañuelo de seda, escocés: eran, sin duda alguna, los últimos detalles de la masculina indumentaria nupcial.

Cuando poco después de su ocaso amoroso deslizaba, iracundo, Tomás en los oídos de su amigo predilecto las represalias que en su mente bullían contra la familia de la ingrata, lejos estaba de suponerlas providenciales instrumentos de divinos designios:

—¡Me valga Dios y su Madre!—había proferido el exasperado—. ¡Antes caminan escalzos los nuestros machos q'abajame a dentrar, en jamás, por aquella puerta!... Con lo ferrero de Moriello nos conduciremos,

Lejos de oponerse a tales bravatas aprobáronlas con marcada unanimidad los Javierre que, al echar combustible al oportuno rencor del mozo, alejaban la hipótesis de una futura reconciliación entre la pareja.

Sólo hubo una leve protesta al proyecto, fruto de la proverbial concordia del heredero. Mas ante el compromiso de Tomás, ofreciéndose exclusivamente a sobrellevar las molestias del cambio, ningún otro reparo insinuó.

Pasaron algunos días. Nuestro mozo cumplía fielmente su cometido. Y no obstante la distancia que de Moriello le separaba, con frecuencia acudía con las alforjas y la azada a la grupa.

Cierta noche presentóse de pronto una joven que, con las tenazas de su hogar desunidas, solicitaba los servicios del herrero según la premura consiguiente al lance. Porque aguardándole el condumio nocturno sobre las ascuas, todo lo temía del atrevimiento felino ante la propia indefensión.

Había tal simpatía en el juvenil rostro de la mocita, que arrebolaba el fuego de la hornilla; y pedía gracia con tan sincero acento, reflejada en sus ojos diáfanos, que el forastero cedióla turno no sin que el herrero dijera:

—¡No te s' hace concencia Pilar de venir a estas horas!... En todo el santo día t'habrás acordau del traste hasta la hora, mesmamente, d'encender el fuego... ¿Verdá, moceta?... ¡Y dimpués que t'apañen de seguido las estenazas, porque es pasa-hora!

Aquella noche Tomás hubo de emprender más tarde el regreso hasta la Puebla del Prior a causa de la agradable charla. Y si no cantó las graciosas jotas acostumbradas, para ahuyentar el sueño, fué porque el recuerdo de su interlocutora de la herrería frecuentaba la imaginación alocada.

¿Qué misteriosa coincidencia oponía quizá un nuevó amor a las cenizas del viejo, siendo la fragua del lugar vecino réplica de la otra?

También la señora Engracia pensó lo propio al saber el feliz suceso por boca del mozo. Lo comentó con su marido, satisfecha. Amplió luego el comentario con su hija. Y sabedora, por oficiosidades de una indiscreta vecina, que la presunta novia de Tomás en Moriello era la heredera de la casa de los Villobas, apresuróse, de tapadillo, a rogar al maestro del pueblo la redactase una cariñosa epístola para el señor Teodoro Betorz en petición de apoyo para el candidato matrimonial.

En el interregno hasta la respuesta anhelada, difundióse la noticia de la supuesta hija del herrero con el cabito de topógrafos. Y si fué gratí-

sima a los oídos de la frustrada suegra, en lo que a su hijastro afectaba, todavía, temiendo por los fogosos impulsos de éste, vióse forzada a un disimulo de indiferencia que no sentía.

Recelosa de todo, y complaciente en extremo, procuraba alejar del lugar a Tomás instándole a aprovecharse de cualquier motivo de diversión en atinado y recíproco beneficio. Mas como se agotase su mezquina inventiva ante la estrechez ambiente—que sólo en verano culminaba, ostentosa, en las diversas fiestas mayores de otros lugares—, ocurriósele a la señora Engracia no dejar apero de labranza sin reparar. De manera que el afilado de hoces, falceños, «estraletas de mano», azadas, dallas, rejas de arado y podaderas, fueron pretexto a una hábil táctica, de que aquélla esperaba resultados felices.

Pasó algún tiempo más, y luego se habló de boda en casa del señor Lorenzo con grande alegría, unánime, si exceptuamos la del novio.

¿Reavivábanse las cenizas del amor primero?... ¿Era posible la ruptura de su antigua novia con el andaluz?... ¿Sufría el mozo de alguna aguda crisis interna?

Quizá nada de eso. ¡Y acaso más probablemente era víctima de los febriles preliminares de una decisión adoptada antes de su completa sazón!

La novia actual era atractiva; si no con los encantos de una belleza extraordinaria, siquiera por la dulzura que su aspecto externo irradiaba.

Mostraba por Tomás una simpatía bien clara, a la que el mozo correspondía. ¡Sin duda alguna se amaban!

Pero, ¿se casarían?

## VI

*¡Si sisquiera el nuestro mozo no güelve!*

—¡Más cuenta sus tendría echaros que masiau sabéis que mañana, a punto día, himos de mover!—decía la señora Engracia a Tomás que con Santiago, frente a frente sentados en derredor de la mesa de la cocina, charlaban a la luz moribunda de un candil denegrado.

—¡Ya me se da bien!—replicó, el primero, indiferente—. Por demás s'aprecisa, tía... ¡Pa lo que tengo de dormir!

—Y apuesta, chico... ¡En vrispas de boda!...—terció su amigo sonriente—. Debe de ser una custión de más miramiento...

—¡Masiau que lo es, Santiago!... Repuñales qué juada ésta de casarse sin más sustancia—opinó el novio disgustado—. Y amás... ¡a saber si me casaré u no me casaré!

—¡Amos, por Dios, qué poco asunto!...—exclamó, toda asustada, la señora Engracia—. Paice mentira que t'espliques así... ¿Verdá, Santiago? Un acomodo que nos conviene por todos estilos...

Y prosiguió después con aire sentencioso:

—¿No te s'hace concencia d'avasallanos a todos dimpués d'haberos capitulau con tanto acontentamiento?... ¡Pus ya sería juada ésta!... ¿Qu'icirían los de Moriello?... Poco que se rirían... ¡Miate qué palabra tienen en casa de Javierre!

—Por demás que pedrique, señora Engracia—intervino Santiago con cautela—. ¿No ve usté que lo ice sólo por vela carrañosa?... ¡Empo-sible sea por otri que por eso!...

Y aludiendo a su amigo:

—¿No has arreparau tú en los burros qué ligeros que galopan de cara pa casa a la olor del preno?... Conque con una tan güena pese-brera como te se brinda, Tomás... ¿No has de rancar a punto e día bien determinau?

Calló pesaroso el novio, sin replicar, acaso más que por la discreta lógica del vulgar argumento, controvertible, por secreto acuerdo irrevocable. Alzó el porrón, que junto a sí tenía sobre la mesa, para refrigerar con el acre sabor del vino su boca seca. Y limpiándosela con el dorso de la mano derecha, repuso muy quedo:

—¡A una mala aun podría descidirme del pauto!... Pero si aquella mesacha ha de ser pa l'otro pijaito... <sup>38</sup>.

Nadie dijo nada. Santiago, alzándose de la silla, púsose a atizar el candil agonizante, mientras que haciéndose con el porrón la señora Engracia lo retiraba en evitación de posibles conflictos. Porque, cercana la media noche, temía cualquier distracción del novio quebrantadora del ayuno natural que requería la recepción del Divino Sacramento.

\* \* \*

Cuando al amanecer presentóse el dilecto amigo en casa del novio

38. Pijaito: *Señoritillo*.

con algunos mozos del pueblo, compañeros de expedición e invitados, regresaba ya aquél de la iglesia entre preocupado y cejijunto.

Aguardábanle a la puerta, de pie y vestidos de fiesta: unos con la sonrisa presta a iniciarse en bulliciosa chanza; con ramos de alhelíes, blancos, prendidos en las orejas, bajo el pañuelo coruscante, los más; y todos, gallardamente altaneros, terciada al hombro la chaqueta de lana, bajo la que asomaba el trabuco temible de siniestra boca y gatillo amenazador.

Saludaron a Tomás con afecto, algo fríamente correspondido por éste; y mientras subía la escalera, en busca del almuerzo frugal, bebían aquéllos el aguardiente mañanero que escanciaba en algunas copas, vaciadas por turno, la hermana del novio.

Poco después apareció la señora Engracia con una gran bandeja de «fruta de sartén»—especie de láminas hojaldradas espolvoreadas de azúcar—instando a todos a repetir el refrigerio. Y mientras aceptaban los más el nuevo preludio de otra ronda de anís, advertía a Santiago al llegarle el turno del obsequio:

—¡Sobre todo que mires de rancar de seguido!... Arrepara las ansias q'himos de pasar toda la mañana... ¿Te determinas?...

Las voces de los mozos dando la bienvenida al señor Lorenzo y a sus dos hijos que bajaban por la escalera hacia el patio, ahogaron el resto de la advertencia misteriosa.

—¿Habís aparejau los machos?—preguntó el viejo a los circundantes—. Que ya es hora, pasada, de que ranquemos.

—¡En la cuadra están hace ratos!—asintió uno de ellos.

—¡Pus hala, hala!...—clamaron, varias voces, unánimes—. En marcha antes de que emprecipie a picar el sol.

La señora Engracia y su hija quedaron silenciosas, unos minutos, recogiendo botellas, copas y bandejas. Luego se encaminaron a la cocina, cuyo hogar humeante mostraba en dispersión, sobre el rescoldo, una sartén negrísima entre varios pucheros sin tapaderas. El perro y los gatos dormitaban próximos.

Mientras que la segunda tomando una escoba se disponía a barrer el suelo, asomábase a la ventana, su madre, más por vigilar la ruta de los recién idos que por orearse con la fresca brisa matinal y mirar el paisaje campestre, tan conocido. Invadía aún ancha zona de sombras, proyectadas por el escarpado Turbón medio escalado por el orto solar



que, si doraba perspectivas lejanas, menoscabada en cambio las arrumbadas a los pies del gigante: por eso el camino que salía del pueblo eclipsábase, a poco, entre los olivares parduscos.

La vieja nada veía de la gregaria caravana. Retiróse decepcionada. Y cuando a su hija se lo contó, propuso ésta con viveza:

—Más cuenta nos tendría subir arriba de seguido, madre... ¡Se ve tanto piazó e monte dende el solizador <sup>39</sup>, que por demás se nos encadan! <sup>40</sup>.

—Masiau q'es verdá, chiqueta—asintió la señora Engracia convencida—¡Conque, hala p'arriba de siguida!

Ligera aquélla, pausada ésta—ambas curiosas y avizoras—precipitáronse por la angosta escalera hasta ganar la parte más alta de la casa: un reducido mirador de envigada techumbre inclinada, sobre los tejados circundantes, que servía de desván a viejos enseres y de secadero a las ropas, ahiladas sobre delgadas pértigas, horizontales, que se balanceaban como trapecios.

Divisábase desde allí un más amplio horizonte que desde las ventanas inferiores con leves manchas áureas, de las cebadas próximas a segarse, en contraste con lo verde del campo enrojecido, de vez en cuando, por falaces amapolas.

Tras del macizo barandal, de tabique, permanecieron ambas silenciosas el instante preciso hasta divisar la recta que, en columna ordenada, caminaba en zig-zag escalando casi la vertiente opuesta del valle.

—¡Miéselos, madre, miéselos allá abajo!... Por la bajada mesma del barranco de la «Ralla»—gritó triunfante la mocita—¿Los ve que pasan debajo la «Carrasca del Muerto»?...

—No veo cosa, Marieta... Me paice que no m'alcanza la vista.

—¡Pero, madre, si están allí mesmo!—tornó a indicarle, su hija, con la mano extendida.

Fero esta vez nada vieron ambas, porque la columna se había hundido momentáneamente en la sima.

—Si sisquiera, el nuestro mozo no güelve...—suspiró, temerosa, la vieja.

—Milagro que sí, chiqueta... Pero, hasta la tardada, no tengo miaja de sosiego... ¡Si l'habieses uído <sup>41</sup> ayer cómo s'esplicaba!...

39. Solizador: *Galeria soleada*.

40. Encadan: *Esconden, guarecen*.

41. Uído: *Oído, escuchado*.

Gracias al cielo, reaparecía la expedición, y con ella tomaba diverso rumbo la charla por los cauces anteriores. Al fin acertaba a columbrar la señora Engracia a los viajeros:

—¿Son talmente los hombres nuestros, aquellos punticos negros que se ven allá alante?

—¡Sí que lo son, madre!—asintió alegremente su hija.

—¿Aquellos que deben de llegar ahura a la Cruz de Sasiello?— insistió nuevamente la señora Engracia, con gran alarde de visual.

—Los mismos.

—¡Pus que San Antonio los guarde!—concluyó dando un suspiro.

## VII

### *¿No será brujería?*

¡Qué despacio que pasaba el tiempo en aquella mañana, de incertidumbre dolorosa, para las que aguardaban en la Puebla del Prior!

En el pequeño cuarto donde cosían madre e hija a diario, ardía una lamparilla de aceite ante un grabado en negro del glorioso taumaturgo San Antonio de Padua, que se dignaba recibir las súplicas de la señora Engracia postrada a sus pies.

De vez en cuando, se levantaba impaciente para asomarse a la ventana como si presagiase algo extraordinario. Quedábase contemplando, extática el horizonte y el valle para, después, tornar a sus rezos cada vez con redoblado fervor. Así habían transcurrido dos horas de penosa inquietud, con las interrupciones correspondientes, acrecidas además por las ocasiones en que cualquier rumor la turbaba hasta precipitarla escaleras abajo, hacia el patio.

Cerca de mediodía oyóse ruido de herraduras en la calleja; después en el mismo patio de la casa; y casi a la vez que salía precipitadamente la madre, adentrábase alborotada la hija con marcadas señales de susto en el rostro pálido:

—¡Ay madre mía, no lo premita Nuestro Señor!... Me paice q'abajo está Santiago... ¡Seguro q'hay en Moriello novedá!

—¿De verdá, chiqueta, q'ha güelto Santiago?—preguntó, jubilosamente, la vieja.

Y dejando, estupefacta, a su hija precipitóse por la oscura y entabizada escalera en busca del mensajero que, sudoroso pero contento, la aguardaba en el patio.

—¡Saca el porrón de la bodega, al instante!—conminó a su hija que bajaba tras de ella.

Mas la muchacha, menos remisa que curiosa del desenlace que preveía, quedando al pie de la escalera, limitóse a franquear la rechinante puerta del reducto de Baco, con la diestra extendida.

Casi al mismo tiempo, llegada frente a Santiago, la señora Engracia escuchaba absorta:

—¡Rediezla, como s'ha dejau enganchar Tomás!... Paicía talmente un corderico, señora Engracia...

—¿No m'engañas, chiqued?—inquiría, gozosa y turbada, la flamante suegra —¿No será brujería?

—¡Rediezla, esta mujer, brujería...! Güena verdá bien grande sí q'es —insistió, el mozo, algo picado— ¡Conque yo mesmo l'hi visto al cura e Moriello echarles la bendición!... Lo cual que, tasamente ha empreci-piau la Misa, hi'rancau más ligero q'un rayo.

—¡Virgen Santísima del Pueyo, qué favor más grande!—prorrumpió ya desde la bodega María—¡L'arroba de aceite que te debo, pobreta!... ¡A saber lo que yo me pensaba!

La señora Engracia se dejó caer sobre una albarda, que yacía en el suelo, anonañada por tanta alegría. Mientras que su hija practicaba con el sediento la consecuente obra de misericordia.

Restregóse los labios éste, después del trago, y prosiguió intrigado:

—¿Saben quién m'ha dau recuerdos para ustedes en Moriello?... Aquel montañés q'estuvo aquí agüespedau est'ivierno. Y amás m'ha dicho: «Ya estará bien satisfecha la siña Engracia de tan güen apaño para su entenau... ¡No se l'hará miaja concencia d'estar quejosa!».

Quedóse perplejo el mozo al advertir igual sorpresa en el rostro de la doncella. Atisbólo al instante la vieja. Y, disimulando, entre sollozos, su astucia, profirió alzando sus ojos extática:

—¡San Antonio de mi vida... una libra de cera p'alumbrar tu capilla!... Que sea para bien y pa muchos años, pobred.

—Igualmente le digo a usted, siña Engracia... ¿S'alcuerda lo que le dije respectivo a este apaño?—opinó, Santiago, triunfante—. Conque, se quede con Dios. ¡Y hasta mañana si Dios quiere!... Que no quiero perdeme la ocasión de grongiamé <sup>42</sup>, y comer de primera una vez que toca.

Y requiriendo su vara, terciada al hombro izquierdo la chaqueta, el recién llegado se despidió.

42. Grongiamé: *Juerguarme*

